
CAPITULO III.

Pasajeros del barco de vapor.—Vistas del Misisipi.—Cocodrilos.— Llegada á Menfis.—Nashoba.



El tiempo estaba claro y templado; así la guardia del vapor, como llaman en el país la galería exterior que da vuelta á los camarotes, nos pareció un sitio muy agradable, y como todos nuestros compañeros de viaje le dimos la preferencia. Allí nos sentábamos durante el día, y algunas noches, para gozar de la luna clara y refulgente del cielo americano, nos quedábamos nosotras solas abrigadas con nuestros chales, mucho después de haberse recogido los demás pasajeros. Llevábamos á bordo un cargamento de ellos completo. La cubierta estaba como de costumbre ocupada por los barqueros del Quentuqui que volvían de Nueva Orleans, habiendo vendido barcas y mercancías, las cuales conducen allá sin más trabajo que el de seguir la corriente, andando á cuatro millas por hora. Habría sobre unos dos-

cientos Quentuqueños á bordo, mas la parte del buque en donde van, está separada de los camarotes, de suerte que no los veíamos sino cuando nos parábamos á hacer leña: entonces corrían á tierra ó mas bien saltaban y pasaban unos por encima de otros, para ayudar á embarcar la leña que sirve á la máquina, siendo ese trabajo una de las condiciones que entran en parte del pago de su pasaje.

Segun la relacion que de ellos nos hizo un criado que nos servia á bordo, y que iba en su misma separacion, son las gentes mas desordenadas del mundo, siempre jugando, siempre riñendo, rara vez sobrios, y sin que pase una sola noche que no den pruebas prácticas de la veneracion en que tienen las doctrinas de la igualdad y de la comunidad de bienes. El escribano del buque tuvo la bondad de tomar bajo su proteccion á nuestro hombre y le dió un petate en su mismo camarote; pero como no era un asilo impenetrable, le aconsejó que no separara de su cuerpo en toda la noche ni el bolsillo ni el reloj. La raza de los Quentuqueños, dejando á parte la moral, es bellísima. En general exceden mucho en la estatura á los europeos, y sus rostros, cuando no les desfigura una cabellera roja, lo que sucede á menudo, son extremadamente hermosos.

Los caballeros de la cámara (no habia seño-

ras) no hubieran merecido ciertamente esta denominacion en Europa, ni por los modales, ni por el lenguaje, ni por la apariencia; pero pronto descubrimos que sus derechos á ella se fundaban en bases mas sólidas, pues oimos que casi todos se daban títulos de mayor, coronel, general. Algun tiempo despues haciendo yo mencion de estas dignidades militares, me dijo uno de mis amigos, ingles tambien, que él habia hecho el mismo viaje en compañía de otra porcion de gefes, y que notando que no se hallase entre ellos ni un solo capitán, le preguntó á un compañero de barco ¿en qué consistia? « ¡Oh, señor! los capitanes van sobre cubierta, » le respondió el otro.

Sin embargo no todos sus *Honores* eran militares, que tambien iba á bordo un juez. No se me oculta que es tan fácil como odioso el ridiculizar las rarezas del exterior y modales de unas gentes que pertenecen á otra nacion diferente de la nuestra; mui bien pueden ellas hacer burla de nosotros al mismo tiempo que nosotros la hacemos de ellas, y ademas no es mi ánimo el motejar todo lo que es nuevo para mí; á pesar de eso, hubiera sido absolutamente imposible el que dejaran de repugnarme muchas de las novedades que me rodeaban.

La falta total de cuantos respetos se guar-

dan en la mesa, la priesa voraz con que se abalanzaban al plato y se engullian la comida, la pronunciacion áspera, las frases groseras, el asqueroso gargajear de cuya plaga de ningun modo podiamos libertar nuestros vestidos, la manera espantosa de servirse del cuchillo en guisa de tenedor, metiéndoselo en la boca hasta al cabo, y la manera aun mas espantosa de mondarse luego los dientes con una navaja, en una palabra todo nos hizo conocer que no nos hallabamos en medio de una reunion de generales, coroneles ni mayores del viejo mundo y que la hora de comer no era la menos incómoda de nuestra navegacion.

La escasa conversacion que solian entablar mientras permaneciamos en la cámara, se cerraba en la política, y como la competencia de Adam y Jackson preocupaba entonces los ánimos, debatian los derechos respectivos de uno y otro á la dignidad de presidente con mas votos y juramentos que no he tenido la suerte de oir en toda mi vida. Una vez iba ya un coronel á tirarse encima de un mayor, cuando un jayan de siete pies, caballero quentuqueño, que trataba en caballos, les apostrofó, pidiendo al cielo que confundiera á los dos, y les hizo que se sentaran, mandándolos..... Al verle sentado tranquilamente y dispuesto á incluir á todos los presentes en su sentencia, temimos noso-

tras por nuestra parte el merecerla, y nos apresuramos á salir de la cámara, donde nunca nos deteniamos un instante mas del tiempo que absolutamente era indispensable para comer.

La llanura no interrumpida de las márgenes del Misisipí, continua sin variedad alguna muchas leguas por cima de Nueva-Orleans; pero las cubren el gracioso y fecundo palmito, la carrasca noble y sombría, el brillante naranjo, y nunca nos cansabamos de contemplar su bella perspectiva. Algunas veces soliamos aprovecharnos de las arribadas que el vapor hacia para proveerse de leña y saltabamos en tierra á dar un paseo de diez minutos: en uno de estos paseos recorrimos un campo de cañas de azúcar, cargando con todas las que pudimos acarrear. Muchos de los pasajeros eran apasionados del zumo meloso que se extrae de esta planta con solo chuparla, mas yo la encontré demasiado dulce para mi paladar. Tambien visitamos con la misma rapidez un plantío de algodón. A cierta distancia nos señalaron un convento, grande y hermoso edificio, donde las monjas educan á un número considerable de niñas.

En uno ú dos puntos quiebran el nivel fastidioso del bosque unos altozanos ó montecillos que los del país llaman *bluffs*: encima de una de estas eminencias está ventajosamente asen-

tada la Puebla de los Natches, cuyo clima en la estacion del calor es tan funesto como el de Nueva-Orleans: si no fuera por eso, la Puebla de los Natches no tardaria en acrecentarse, pues ofrece á los nuevos colonos muchos y muy grandes alicientes. El bello contraste de su verde y risueña colina con la faja opaca de la negra selva que se extiende por uno y otro lado, la profusion espléndida de paupaus, palmitos y naranjos, la rica variedad de flores que matizan el suelo, embalsamando el aire con sus deliciosos aromas, todo hace que este recinto parezca un *oasis* en el desierto. Natches es el punto mas septentrional en que los naranjos fructifiquen al aire libre, ó prevalezcan sin abrigo alguno en el invierno. En cuanto á los demas pueblos que pasamos, todos, excepto aquel sitio ameno, me parecieron de un aspecto tristísimo y en extremo miserable. Conforme nos ibamos alejando de Nueva-Orleans, el semblante de riqueza y comodidad que distingue sus cercanías, iba poco á poco desapareciendo, y á no ser por una ó dos rancherías que se llaman ciudades con nombres harto pomposos tomados generalmente de la Grecia ó de Roma, muy bien habriamos podido creernos los primeros mortales que penetraban en semejante territorio de osos y de caimanes. Sin embargo de cuando en cuando aparecia la

choza de algun leñador de los que proveen los buques de vapor, exponiendo su salud ó mas bien sometiéndose al golpe cierto de una temprana muerte por la codicia del dinero y la pasion del huisqui (3). Estas tristes habitaciones se inundan casi todas durante el invierno, y las mejores entre ellas estan construidas sobre estacas, de manera que en las grandes avenidas no corran riesgo de ser ahogados sus pobres moradores. Todos ellos son víctimas constantemente de la fiebre, que los coje descuidados y sostenidos por el uso continuo de los licores fuertes. El aspecto lívido y asqueroso de las infelices mugeres y de sus hijos era horrible, y ninguna de las veces que se presentó á mis ojos este espectáculo, pude mirarlo con indiferencia. El color entre blanquizco y azulado de sus caras les hace á todos parecer hidrójicos, y hasta las pobrecitas criaturas estan cubiertas de la misma sombra de muerte que sus padres. Una miserable vaca y unos cuantos cerdos, metidos en el agua hasta los corvejones, distinguen las habitaciones mas prósperas; pero en su todo debo decir que jamas he visto la naturaleza humana reducida á un estado de tanta decadencia como en las chozas en que viven ó por mejor decir agonizan los leñadores de las orillas pestilentes del Misisipí.

Dicen que en algunas partes de este melan-

cólico rio hai tal plaga de cocodrilos, que el miedo de sus ataques aumenta todavía los horrores de situacion tan desdichada. Allí nos contaron la historia de uno de sus leñadores que llaman *squatters*, el cual habia sufrido un desastre espantoso por haber construido su cabaña demasiado cerca del agua. La operacion de edificar se acaba con la mayor prontitud, porque el interes de la vecindad y la aficion al huisqui atraen á los pocos habitantes del contorno, que ayudan al recién llegado, cortándole árboles, desbastándoselos, acarreándolos y trabajando de todos modos hasta que ven terminada su guarida. Acabada la del leñador, tomaron posesion de ella su muger y cinco hijos pequeños, y toda la familia se entregó al sueño, para descansar de una larga peregrinacion. Al amanecer se despertó el padre oyendo un gemido sordo, alzó la cabeza y vió el suelo cubierto de miembros despedazados de sus hijos, y un enorme cocodrilo con otros mas pequeños, cebándose en tan horrible banquete. No teniendo armas y conociendo el infeliz que nada haria sin ellas, se levantó con mucho tiento y arrastrándose poco á poco ganó una ventana por donde saltó, con la esperanza de que su muger y sus demas hijos que dejaba durmiendo, tendrían la fortuna de permanecer sin ser descubiertos hasta que

él volviera. Corrió á la choza del vecino mas cercano á pedirle socorro; antes de media hora volvió con dos hombres, armados los tres; pero ¡ya era tarde! su muger y sus dos criaturas yacian hechas pedazos en la cama que empapaba su sangre. Los reptiles atestados de carne humana y embriagados de sangre, no tardaron en caer á los golpes de los leñadores, que descubrieron junto á la misma cabaña la boca de un agujero que parecia una caverna, donde habia hecho el monstruo su detestable cria.

Se pueden contar entre las cosas que aumentaban el aspecto de desolacion de aquella tierra maldita de la naturaleza, la llama moribunda de un bosque incendiado que se veia casi constantemente despues de ponerse el sol, y el humo que impelido por los vientos solia flotar sobre nuestras cabezas como una espesa niebla. Ni toda la novedad de la perspectiva, ni toda la grandeza de su inmensidad bastaban para calmar la impresion horrible y enojosa que producía en el ánimo semejante escena. Tal vez podran explicar eso las comidas y cenas que acabo de describir; pero lo cierto es que despues de haber admirado una semana la continuidad incesante de la selva, despues de habernos deleitado y de habernos cansado de deleitarnos con el festoneado y colgaduras del

musgo hispánico, despues de haber aprendido á distinguir por sus nombres de *snag*, *log* ó *sawyer*, las diferentes masas de madera que pasaban por nuestro lado, ó por cuyo lado pasamos nosotros, en fin despues de habernos convencido de que los caballeros de los establecimientos militares del Quentuqui y del Ohio no eran de la misma laya que los oficiales franceses ó los oficiales ingleses, ya empezabamos á desear que se prolongase nuestro sueño. Al paso que nos íbamos adelantando hácia al norte, íbamos dejando atras las orillas cubiertas de palmitos, y ni aun volvimos á gozar de la distraccion de atisbar algun cocodrilo durmiendo.

En tal estado y cuando el deseo de llegar nos hacia andar con la imaginacion dos millas por cada una que andaba el vapor, sentimos de repente un choque violento que nos asustó.

— Un aserrador, dijo el uno.

— Un diente, dijo el otro.

— ¡Hemos varado! exclamó el capitán.

— ¿Varado? ¡santo Dios, y cuánto tiempo estaremos aquí!

— Dios con su providencia puede solo decirlo, pero me parece que lo bastante para apurar nuestra paciencia.

¡Y qué aterradas no estarian las pobres Inglesas!

Dos veces tuvieron que almorzar, dos que comer y una que cenar con los caballeros del Ohio y del Quentuqui, antes que pudiera el vapor dar un paso. Varios buques pasaron mientras estuvimos detenidos de aquella manera; los unos no tenían bastante fuerza para arrancarnos de allí, otros lo intentaron sin poder conseguirlo; hasta que al fin llegó una especie de « cosa viviente » grande y poderosa, nos echó unos garfios y en tres minutos se concluyó la operación: otra vez vimos pasar rápidamente los árboles y las balsas de lodo, manifestando todos los pasajeros su alegría con un grito de regocijo.

Por último tuvimos el placer de oírnos anunciar nuestra llegada á Menfis; pero era media noche, y la hora y mas la lluvia que caía á torrentes, aguaron nuestro gozo.

Menfis se levanta sobre una altura, y entonces era casi inaccesible. La lluvia que habia estado cayendo durante muchas horas, habria hecho dificultoso todo camino; nosotros tuvimos la desgracia de engañarnos tomando por mejor uno que acababan de abrir, y dejamos el suelo firme de la roca por un lodazal insondable. Allí se quedaron los zapatos y con ellos los guantes, que en tal apuro no era poca fortuna el poderse valer de las manos como de los pies, y llegamos á la gran Fonda en el mas lastimoso estado.

Miss Wright era mui conocida de la casa, y todo el mundo, asi que anunciaron nuestra llegada, nos recibió con la mayor solicitud, de suerte que no tardamos en encontrarnos instaladas en los mejores cuartos de la fonda. El edificio era nuevo y á mi parecer sin comodidad alguna; pero todavía no estaba yo habituada á la América ni conocia su manera de « ir adelante » (*getting along*) como dicen en los Estados-Unidos: expresión que está eternamente en uso y parece que significa vivir con las menos comodidades posibles.

Con todo dormimos profundamente y nos levantamos con la esperanza de dejar nuestro cuartel que aun apestaban á mezcla, para dirigirnos á Nashoba á la hacienda de Miss Wright.

Mas conociendo que á causa de la noche anterior era peligroso aventurarse á atravesar la selva de Tenesi en cualquiera clase de carruage, nos resolvimos á pasar el dia en nuestra estrambótica posada. Como yo habia salido tan harta de mesa redonda, me hubiera alegrado mucho de comer mi racion de cecina de venado y de compota de orejones en un cuarto solo; pero Miss Wright me dijo que eso era imposible; que la dueña de la casa tomaria por una ofensa personal el proponérselo, y sobre todo, que ciertamente lo negaria. Este último argu-